La verdad sobre Afganistán

Marcelo Colussi

En 1978 en Afganistán tuvo lugar una revolución socialista, conocida como Revolución Saur o Revolución de Abril. Se conformó entonces la República Democrática de Afganistán, conducida por el Partido Democrático Popular de Afganistán, de izquierda, la que recibió el apoyo de la Unión Soviética.

Al momento de esa revolución, el 90% de los varones y casi la totalidad de las mujeres eran analfabetas; el 5% de los terratenientes poseía más del 50% de las tierras fértiles; la esperanza de vida era de 42 años, y la mortalidad infantil resultaba la más alta del mundo. La mitad de la población padecía tuberculosis y una cuarta parte malaria. Casi no había médicos, maestros ni ingenieros, pero había una cantidad impresionante de mullah (clérigos islámicos).

La revolución promovió una importante reforma agraria, distribuyendo las tierras confiscadas a los oligarcas que huyeron entre los campesinos sin tierra; legalizó los sindicatos, estableció un salario mínimo, fijó un impuesto progresivo a la renta, redujo el precio de alimentos de primera necesidad, prohibió el cultivo del opio (materia prima para elaborar heroína, de la que es principal consumidor mundial Estados Unidos), promovió cooperativas campesinas, inició una campaña de alfabetización, proyectando desarrollar las industrias pesada y ligera. En ese marco se creó el Consejo de Mujeres Afganas, emitiéndose un decreto para “garantizar la igualdad de derechos entre mujeres y hombres en el ámbito del derecho civil y eliminar las injustas relaciones feudales patriarcales entre esposa y marido”. El nuevo gobierno socialista criminalizó los matrimonios por dinero o forzados, permitiendo que las mujeres eligieran libremente su esposo y su profesión, y de ningún modo, nunca jamás obligó al burka. Por el contrario, elevó considerablemente la situación de las mujeres, ayudando a su desarrollo personal y social, tal como hace siempre el socialismo en cualquier país.

Ante todo esto, en 1978, Washington, por medio de la llamada Operación Ciclón, comenzó a formar insurgentes buscando la neutralización de la revolución. La intención era “crearles su propio Vietnam a los soviéticos”, como declarara Henry Kissinger, en su momento secretario de Estado de Estados Unidos. De acuerdo con Zbigniew Brzezinski, cerebro de la ultraderecha guerrerista estadounidense, la ayuda de la CIA a los insurgentes afganos fue aprobada en 1979, buscando así involucrar en la lucha a la Unión Soviética de modo directo. Ello sucedió, y la guerra en Afganistán trepó en forma exponencial. A través del fundamentalismo islámico —fomentado y financiado por la Casa Blanca— se terminó con el proyecto socialista.

En medio de la Guerra Fría, que marcaba la dinámica del mundo, los talibanes tomaron el poder. Sus prácticas religiosas, misóginas y patriarcales, hicieron perder los avances obtenidos por las mujeres afganas. Años después, en 2001, Washington invade el país (no olvidar que Afganistán tiene grandes reservas de gas, litio, distintos minerales estratégicos y petróleo). La guerra civil, en un remolino de contradicciones, siguió por años, teniendo como consecuencia el final del proceso socialista y el retroceso de los derechos de las mujeres.

Esa invasión estadounidense del 2001, como pretendida respuesta al [**atentado contra las Torres Gemelas**](https://www.narrativayensayoguatemaltecos.com/confesiones-de-un-agente-secreto-marcelo-colussi/)en New York el 11 de septiembre de ese año, marcó el formal inicio de la potencia en su “guerra contra el terrorismo”. Ahora bien: esa cruzada universal contra el terrorismo islámico lo único que ha hecho —seguramente es lo que busca— fue alimentar más y más las acciones de distintos y cada vez más numerosos grupos designados como “terroristas”. Ello hace que la maquinaria bélica de Estados Unidos funcione muy aceitadamente. De hecho, Washington mantiene actividades antiterroristas en la actualidad en más de 80 países alrededor del mundo, con ganancias fabulosas, de más de 300.000 millones de dólares anuales. Valga decir que mientras la economía mundial —salvo la china— se retrajo en un 5% durante el 2020 debido a la pandemia de COVID-19, la industria bélica norteamericana creció en un 4,4%. Obviamente la supuesta “guerra contra el terrorismo”, aunque produce infinita muerte y destrucción, da suculentas ganancias a algunos.

(Publicat a Insurgente, i reproduït a Redes cristianas) (Extracte meu)

Enquesta català joves Barcelona

La llengua catalana continua sumant indicadors que alerten del seu estat de salut, especialment a Barcelona. En aquest ocasió, l’Enquesta a la Joventut de Barcelona 2020 mostra la regressió de l’ús del català com a llengua habitual entre els joves. **Ha passat de representar l’idioma preferent en el 35,6% dels enquestats (2015) a fer-ho en el 28,4%.** Així, ha perdut més de set punts percentuals en només cinc anys. Mentrestant, **el castellà segueix la tendència inversa.**Creix del 56,5% de cinc anys enrere a un actual 62,1%. També augmenta lleugerament l’ús de l’anglès, que ja representa la llengua habitual del 2,3% de la població jove barcelonina.

(Extracte, publicat per Nació Digital.)

Votació sobre els pisos

A Berlín, el 26 de setembre

Los capitalinos germanos también votarán en sus elecciones locales y, además, se pronunciarán sobre la hoy por hoy exitosa campaña “Expropiar a Deutsche Wohnen y Compañía”. Esta iniciativa, [**lanzada en 2019**](https://www.eldiario.es/economia/referendum-expropiar-viviendas-propietarios-berlin_1_1677189.html), ha conseguido las firmas de berlineses necesarias para organizar un referéndum en el que se vote sobre si expropiar o no a las empresas **que poseen más de 3.000 viviendas en suelo de la capital**.

La campaña lleva en su nombre el de la firma inmobiliaria **Deutsche Wohnen, que dispone de 110.000 viviendas en la capital alemana**. El objetivo de los activistas es hacerse con unos 240.000 pisos, hoy en manos de grandes propietarios.